

poco podido intentar ningún otro camino. Fué el suyo, destino del iluminado y sentidor. Traductor de acedeces a lenguaje de suavidad, intérprete de lo aciago para ditibundios y delicadísimos. Poesía, a ratos, según la frase de ajena aplicación, como «tela de araña para cazar huevos de moscas», pero, no: de mariposas.

Todo lo que debemos a Juan Ramón se queda en el umbral o traspuerta de este artículo. Habría aún que hablar de su prosa, y de ese inolvidable y ya clásico «Platero y yo», y de sus «caricaturas líricas», como las de «Españoles de tres mundos», y sus apólogos. Y sus conferencias. Mas en todo ello andaba siempre diluído y presente, alerta, el poeta. Su prosa, como su poesía, era poética e inventaba vocablos, con habilidad de patrón. A ratos, en su afán de buscar una poesía aséptica y parca, fué injusto.

Una frase suya («nerudones y chocaneros») queda inscrita en el preámbulo de una antología que él presidió. Le molestaba el ruido, le enfurecía la poesía al servicio de otra cosa que no fuese la misma poesía. Le entusiasaban los jóvenes, en afán magisterial del que no abdicó nunca.

Ahora, después de largo y al cabo voluntario exilio, de veintidós años, ha vuelto a la patria, yerto ya, y siempre al lado de Zenobia. Pareja simbólica para todos los poetas de hoy y de mañana, como la de Paolo y Francesca, de Abelardo y Eloísa, de Dante y Beatrice, de Petrarca y Laura. Días vendrán en que, como al Pére Lachaise de París, los enamorados emprendan romerías sobre la tumba de Juan Ramón y Zenobia. Homenaje exacto. Exactamente poético. Como lo hubieran querido los dos.

Lima, 1958.

CRUCERO DEL SUR

POESIA PERSA

Por José R. CASTRO

(En *Rep. Amer.*)

Mi visita al Ministro de Irán, Mahomud Foroughi, para retribuir a la suya de «tournée», se convirtió en una agradable y encendida conversación en torno a la poesía oriental, y a la persa, en particular. Después de haber hablado de Khalil Gibran, de Rabindranat Tagore, y de otros inspirados aedas de aquellas tierras, cuyo eco ha llegado hasta nosotros, distantes pobladores del Mediodía, gracias a generosos traductores, nos trasladamos a su misterioso país, rico en tradiciones y leyendas, embrujado en un mito de siglos, aureolado de poesía y de exotismo . . .

Persia, la antigua Persia bautizada así por los griegos, hoy se llama Irán. Su capital es Teherán, con dos millones de habitantes. Hay otras ciudades de importancia comercial y turística, como Isfahan, Tabriz, Néched y Chiraz, todas ellas con más de medio millón de pobladores cada una. Irán llamaron a su patria, desde tiempo inmemorial, los pueblos indoeuropeos. Dos mil años antes de Cristo se establecieron en el altiplano iranense los nuevos habitantes que más tarde se transformaron en indoiranianos. Comprendían numerosas tribus, siendo las principales las de los medas, persas y

partos y su conglomerado se llamó siempre Irán. El fundador de la actual dinastía reinante fué Reza Shah, el Grande, y su actual monarca es Mahomed Reza Phalevi, de treinta y ocho años.

Ya instalados en territorio persa, hablamos de los poetas iranianos, y el primer nombre que se me viene a la memoria es el de Omar Khayyan, nacido en la ciudad de Naishapur, situada entre los burgos de Shahrud y Mashad. El Ministro Foroughi nos saca de un gran error, mantenido durante toda una vida, sobre la importancia para Irán del poeta de Naishapur:

—«Omar Khayyam —nos dice— es considerado entre nosotros como un poeta de segunda categoría, un poeta popular cuyas coplas y canciones andan en labios de los hombres comunes. La figura de Khayyán es más conocida en Persia, como matemático y filósofo. Fué considerado como un verdadero genio del álgebra, de la geometría, de la goniometría, de la trigonometría . . . Mas, como poeta pertenece a un segundo plano . . . »

«Los poetas más grandes de Irán son, en primer término, Hafiz, llamado el poeta del amor; Saadi, conside-

rado como el cantor de la moral, Ferdowsi, el gran poeta épico y Molavi, conocido como el poeta filósofo, especialmente en el dominio del sofisma . . . »

«Goethe, continúa, que estudió como ningún otro europeo lo había hecho antes y como ninguno lo hizo después, la poesía persa, publicó una obra de traducciones al alemán de Hafiz de Chiraz, llamada «Diván de Oriente». «Diván» es una palabra persa cuya traducción al español sería la de «Obras Completas».

También tuvo nuestro luminoso interlocutor palabras de recuerdo para el gran poeta, médico y filósofo Avicena, cuya tumba en Hadaman es uno de los más hermosos monumentos levantados por un pueblo en memoria de un gran hombre . . .

Luego la conversación se anima con anécdotas alegres, y recordamos la más reciente, del propietario armenio americano que debiendo la prosperidad de su fortuna a las ganancias de su restaurante de San Francisco de California, llamado «Omar Khayyán», quiso ir a Persia a erigir un gran monumento sobre la tumba del poeta. Arregló sus valijas y partió en largo viaje. Pero a su llegada se encontró que en la tumba de Omar Khayyán había ya uno de los más hermosos túmulos de Oriente. Y regresó un poco triste, pero también un poco alegre, por su intención de agradecer al dueño de aquel nombre que lo había hecho rico y famoso en los Estados Unidos.

Hablamos del «Avesta», el libro sagrado del profeta Zoroastro, de Darío y de Ciro y de todos los nombres gloriosos que resplandecen en las páginas de la historia del mundo, de aquellos grandes guerreros que batallaron por el derecho de conquista, hasta llegar a lo que es ahora el Irán, uno de los países más ricos y progresistas del Oriente, con un gran presente y un mejor porvenir . . .

Pero sobre todo, hablamos mucho de su embrujo, de su poesía, de su historia y de su gloriosa tradición . . .

Tal fué mi visita al ministro de Irán, que si no escribe poesía, la cultiva con el mismo fervoroso afán con que la enaltecieron los más grandes poetas de la Persia inmortal, luminosa y fantástica . . .

José R. CASTRO

Río de Janeiro, agosto de 1958.